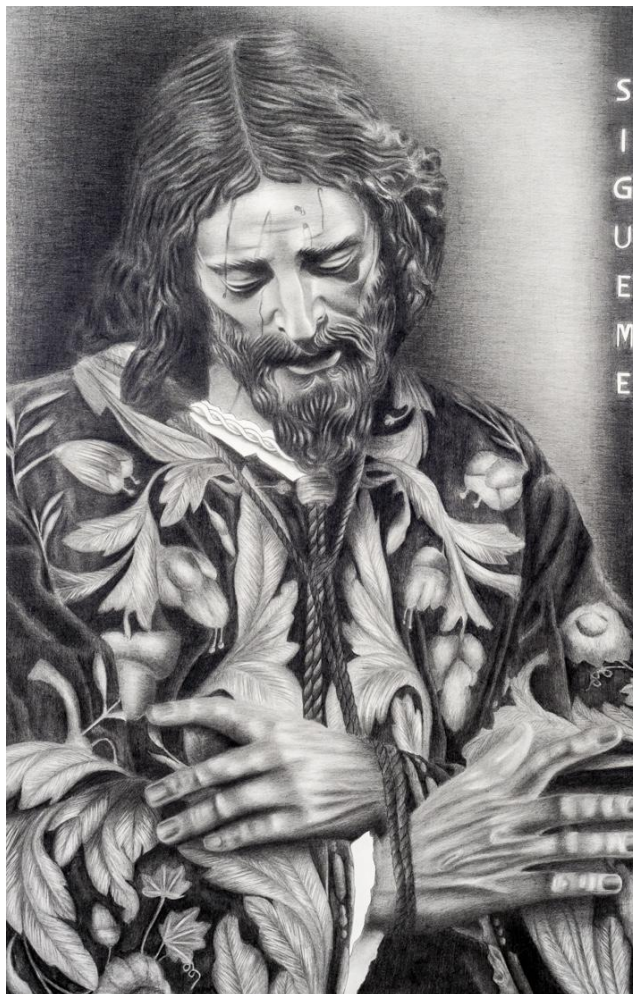




MEDITACIÓN ANTE EL SEÑOR DE PASIÓN

ÍNDICE

1. Saludos. Inicio de la Meditación
2. Ser apóstol en tiempos de hoy:
 - 2.1 La Llamada
 - 2.2 Las dudas
 - 2.2.1 Pero Dios actúa
 - 2.2.2 Cuando toca comprender
 - 2.2.3 ¿Me amas?
 - 2.3 La Tarea de la Resurrección (Los hechos de los Apóstoles del S. XXI)
3. La Hermandad de Pasión de Sevilla

1. SALUDOS. Inicio de la Meditación

“Señor, tú lo sabes todo, tú sabes que te quiero.”

Estas fueron las palabras que brotaron de mi corazón cuando me senté frente a Ti y comprendí que esta oportunidad venía de Ti, en el momento que Tú considerabas perfecto.

Sabes tan bien como yo que, cuando me propusieron este regalo, mi primera respuesta fue un rotundo no.

"Yo no sé escribir."

"Tengo que sacar la carrera adelante y me va a distraer."

"¿Qué voy a contar si solo soy una joven estudiante de 21 años?"

"No es mi momento... o eso pensaba."

Salí corriendo a buscar consejo. Llamé a mi madre, esperando que ella tuviera la respuesta, pero sus palabras fueron la clave de todo:

"Pienso que la persona con la que tienes que hablar no soy yo... te está esperando en el sagrario."

Y entonces, el tiempo se detuvo.

Fui a buscarte, Señor.

Me senté frente a Ti, y de repente, todo encajó.

Entendí que Tus tiempos no son los míos, porque Tú miras más allá.

Tú ves lo realmente importante: la vida eterna, la plenitud que nos espera hasta el final de los tiempos, la paz de vivir junto a los que más queremos y junto a Ti.

Qué tonta me sentí por no haber comprendido antes tu llamada.

Siempre pensando en lo terrenal, en mis preocupaciones, en lo inmediato...
y sin darme cuenta de que Tú ya habías preparado el camino.

Gracias, Señor, por poner en mi vida a las personas correctas.

Gracias por aquellos que han sabido darme las palabras justas en el
momento oportuno.

Gracias por los que han sido apoyo, luz y oportunidad para acercarme más
a Ti.

Por eso, no quiero continuar sin dar las gracias de corazón a quienes han
confiado en mí para que hoy esté aquí.

A Salva, nuestro Diputado de Juventud, gracias por tus cariñosas palabras
que me llegaron al corazón, por darme esta oportunidad, este regalo de
compartir esta meditación junto a nuestros Titulares y con las personas que
más quiero.

A Juan Pablo, nuestro Hermano Mayor, gracias por escucharme y
aconsejarme siempre con la paz y la certeza de que todo está en manos del
Señor de Pasión y la Virgen de la Merced.

Gracias a mi familia, especialmente a mis padres, porque sin ellos, sin su
apoyo incondicional, no estaría hoy aquí.

...

**Reverendo Padre, Rector de esta Iglesia Colegial del Salvador y
Director Espiritual de la Archicofradía Sacramental de Pasión, Junta de
Gobierno, Hermanos, querida familia, amigos que hoy me
acompañáis...**

2. SER APOSTOL EN TIEMPOS DE HOY:

2.1 La Llamada

Jesús llama.

Llamó a Pedro y Andrés cuando echaban sus redes en el mar.

Llamó a Mateo cuando estaba sentado en la mesa de los impuestos.

Llamó a Juan y Santiago mientras remendaban sus redes junto a su padre.

Y los llamó por su nombre.

No con un mensaje genérico, no con una invitación cualquiera: Los miró, los conoció, los eligió.

Y hoy sigue llamando.

Sigue mirándonos a cada uno de nosotros en nuestra rutina, en nuestro día a día, y pronunciando el nombre de cada uno.

Como recoge Juan en su evangelio:

"No me elegisteis vosotros a mí, sino que yo os elegí y os destiné para que vayáis y deis fruto, y ese fruto permanezca." (Juan 15:16).

Cada uno ha sido pensado y llamado por Dios para una misión única e irrepetible.

Pero, a veces, nos cuesta creerlo...

Nos cuesta creer que Dios nos llama a nosotros, que no somos uno más en la multitud, que tenemos un lugar en su plan.

Nos comparamos con los demás. Pensamos que otros tienen más dones, más carisma, más facilidad para responder.

"Yo, no soy como Pedro, ni como Juan. No tengo la valentía de Pablo. No soy lo suficientemente buena para seguir a Cristo."

Pero Dios no llama a los capacitados: **capacita a los que llama.**

Cada uno es necesario

San Pablo lo explica de una manera bellísima en su carta a los Corintios:

"Aunque el cuerpo es uno solo, está formado por muchas partes, y cada una de ellas es diferente, pero todas son necesarias. Lo mismo sucede con Cristo y con quienes formamos su Iglesia. (1 Corintios 12:12-16).

Jesús no llama a todos de la misma manera, pero a todos nos llama.

No todos somos apóstoles.

No todos somos maestros.

No todos hacemos milagros.

Pero TODOS somos necesarios.

Dios ha dispuesto cada pieza en su lugar. Cada persona tiene una función, un propósito, una misión, que nadie más puede cumplir.

Por eso no existe un cristiano sin vocación.

No hay llamados de primera y llamados de segunda.

Lo importante no es el lugar donde Dios te pone, sino responderle con amor allí donde estás.

Jesús no llamó a sus apóstoles cuando eran perfectos.

No llamó a Pedro cuando ya era fuerte.

No llamó a Mateo cuando ya había cambiado su vida.

No llamó a Tomás cuando ya tenía una fe inquebrantable.

Los llamó como eran.

Y les dijo:

“Sígueme.”

La llamada en el siglo XXI

Y ahora, en este siglo XXI, en esta ciudad de Sevilla, en este momento de la historia, Cristo sigue llamando ... Y No a las multitudes, sino **a ti**.

A ti, que te preguntas cómo compaginar tu fe con tu vocación.

A ti, que crees que no eres lo suficientemente bueno.

A ti, que a veces sientes que el Evangelio es demasiado exigente.

A ti, que piensas que la llamada es para otros, pero no para ti.

Jesús no te está llamando para cuando seas perfecto.

Te llama hoy, con tus dudas, con tus defectos, con tu historia.

Porque Él no se equivoca cuando elige.

Y su llamada no es una carga, sino un regalo.

¿Qué harás con esta llamada?

Puedes ignorarla.

Puedes postergarla.

Puedes hacerte el sordo.

O puedes responder como María:

“He aquí la esclava del Señor; hágase en mí según tu palabra.” (Lucas 1:38).

La llamada de Jesús no siempre es clara de inmediato.

A veces es un susurro...

otras se oculta detrás de un deseo profundo.

o se manifiesta en lo que más te cuesta.

Pero si hoy sientes en el corazón que Dios te llama a algo más, no tengas miedo.

Porque nadie puede responder por ti.

Porque tu vida tiene un propósito en el plan de Dios.

Porque en el Reino de los Cielos cada miembro es necesario.

Y porque cuando todo pase, cuando todo termine, lo único que habrá valido la pena será haber respondido a su llamada.

2.2 Las dudas

Señor, ¿cuántas veces dudo?...

A veces me pregunto si de verdad estás ahí.

Me cuesta verte en medio de mi vida, entre mis preocupaciones, en mis planes y en mis miedos.

Y, cuando me llamas, cuando siento que me invitas a confiar en Ti, lo primero que aparece en mi corazón no es la paz, sino la duda.

¿Eres Tú, Señor? ¿No será mi imaginación? ¿Cómo confiar en lo que no veo?

No soy la primera que duda y en parte me tranquiliza ya que incluso tus amigos dudaron de ti habiéndote visto y tocado.

Pedro caminó sobre el agua, pero al ver el viento y las olas, se asustó y comenzó a hundirse.

Tomás escuchó a los demás discípulos decir que habías resucitado, pero necesitó tocar Tus heridas para creer.

Marta, cuando su hermano Lázaro murió, también dudó:

“Señor, si hubieras estado aquí, mi hermano no habría muerto” (Juan 11:21).

Cuántas veces me he sentido así... preguntándome por qué no llegaste antes, por qué no hiciste lo que te pedí, por qué no respondiste como yo esperaba. Pero entonces Tú, con paciencia infinita, respondes:

“Yo soy la resurrección y la vida; el que cree en mí, aunque esté muerto, vivirá” (Juan 11:25).

Señor, me cuesta entender. A veces pienso, que si no veo resultados inmediatos, es porque no estás. Pero Tú no trabajas según mi impaciencia. Tu tiempo no es mi tiempo.

2.2.1 Pero Dios actúa

Muchas veces pienso que estás lejos. Que guardas silencio. Que no intervienes.

Es entonces, cuando recuerdo aquella hermosa historia:

“Soñé que estaba caminando por la playa con el Señor y, a través del cielo, pasaban escenas de mi vida.

Por cada escena que pasaba, percibí que quedaban dos pares de pisadas en la arena: unas eran las mías y las otras del Señor.

Cuando la última escena pasó delante nuestro, miré hacia atrás, hacia las pisadas en la arena y noté que muchas veces en el camino de mi vida quedaban solo un par de pisadas. Noté también que eso sucedía en los momentos más difíciles de mi vida.

Eso realmente me perturbó y pregunté entonces al Señor: "Señor, Tú me dijiste, cuando decidí seguirte, que andarías conmigo a lo largo del camino, pero durante los peores momentos de mi vida, había en la arena solo un par de pisadas. No comprendo por qué me dejaste en las horas en que más te necesitaba".

Entonces Él, clavando en mí su mirada infinita, me contestó: "Mi querido hijo. Yo te he amado y jamás te abandonaría en los momentos más difíciles. Cuando viste en la arena solo un par de pisadas, fue justamente allí donde te cargué en mis brazos".

Señor, meditando esta historia arrodillada ante Ti, descubro el verdadero sentido de Tu amor.

Tú viniste por mí.
Cargaste la cruz por mí.
Y todo esto solo por amor.

¿Tanto me amas Señor?

¿Tanto me amas para haber hecho esto?

Y sin embargo, cuántas veces me quejo, cuántas veces dudo, cuántas veces me resisto a confiar en Ti.

Señor, cuántas veces me has cuidado sin que yo lo notara...

Cuántas veces me has sostenido sin que yo lo pidiera.

Ver tu mano en lo cotidiano

Me cuesta darme cuenta de que Tú actúas en mi vida. Que incluso lo que me parece un obstáculo, una espera, una puerta cerrada, puede ser parte de Tu plan.

Como en aquella hora del almuerzo, cuando solo había cinco panes y dos peces para alimentar a una multitud, y sin embargo, bastaron.

“Tomó Jesús los panes, dio gracias y los repartió a los que estaban recostados. Lo mismo hizo con los peces, dándoles todo lo que quisieron.” (Juan 6:11).

Señor, a veces me siento así, con muy poco en mis manos.

Con recursos insuficientes. Con fuerzas que se acaban.

Pero si Tú multiplicastes aquellos panes, ¿no harás lo mismo con mi vida?

Si pusiste en mis manos un camino, un propósito, un anhelo, ¿no me darás también lo que necesito para seguir adelante?

San Juan Bosco decía:

“Dios lo ve todo, lo dispone todo, lo prevé todo, y todo lo hace para tu bien.”

Ayúdame, Señor, a confiar en esto.

A reconocer Tu mano en mi vida.

A no esperar grandes señales, sino a ver lo extraordinario dentro de lo ordinario.

A descubrirte en los pequeños milagros de cada día, en lo que hoy me parece insignificante, pero que mañana, con otra mirada, entenderé que era Tu obra.

Porque no estás lejos. Nunca lo has estado.

Solo necesito abrir los ojos de la fe para verte actuar.

La Providencia en la duda

Y, en todo, me invitas a recordar que Tú cuidas de mí aunque yo no lo vea. Que nada de lo que me sucede escapa a Tu amor. Que cuando todo parece tambalearse, me sostienes.

Pero, aun así, me pregunto por qué permites el sufrimiento. Por qué hay enfermedad, injusticia, dolor...

Me consuela saber que los discípulos también tuvieron esta misma inquietud cuando vieron a un hombre ciego de nacimiento y te preguntaron:

"¿Quién pecó, éste o sus padres, para que haya nacido ciego?" (Juan 9:2).

Pero Tú les respondiste:

"No es que pecó éste, ni sus padres, sino para que las obras de Dios se manifiesten en él." (Juan 9:3).

Señor, estas palabras nunca me fueron fáciles de comprender.

Me costaba entender cómo podía manifestarse Tu gloria en medio de la fragilidad humana. Y entonces pensé en ella, mi abuela.

Porque su vida en medio de las enfermedades no fue un testimonio de dolor, sino de amor.

Ella no se dejó definir por lo que le pasaba, sino por lo que ella daba.

No se centró en la enfermedad, sino en hacer felices a los que la rodeaban.

No se lamentó por lo que perdió, sino que nos entregó todo lo que tenía.

Señor, si hay algo que dejó mi abuela, fue la certeza de que el amor es más fuerte que cualquier limitación.

Con sus manos temblorosas, seguía cocinando con cariño aquello que tanto nos gustaba.

Con su voz a veces frágil, nos seguía diciendo “te quiero”.

Con su mirada serena, nos enseñaba que cada día es un regalo.

Ella nos mostró que el amor no se rinde.

Que se puede cuidar a los demás incluso cuando uno es quien necesita cuidados.

Que se puede sonreír incluso cuando la vida nos pone pruebas.

Que se puede seguir amando hasta el último suspiro.

Y ese fue su legado.

Su vida fue un faro de amor, que sigue iluminandonos desde el cielo.

Hoy te doy gracias, por habérmela regalado.

Porque a través de ella aprendimos que la verdadera fuerza no está en la ausencia de dificultades, sino en la capacidad de amar por encima de ellas.

Porque su vida nos enseñó a mirar más allá del por qué y abrazar el para qué.

Porque en cada gesto suyo entendimos que Tú estás en los pequeños detalles, en la ternura del día a día, en cada acto de amor.

Y aunque a veces la vida parezca oscura, Tú sigues brillando.

2.2.2 Cuando toca comprender

Llega un momento en la vida en el que, sin buscarlo, miras hacia atrás y todo cobra sentido.

Las dudas que te atormentaban, los caminos que no entendías, las puertas que se cerraron... todo lo que un día te pareció injusto o incomprensible, hoy revela su propósito.

Dios no dejó de actuar. Nunca lo hizo. Pero solo ahora lo ves con claridad.

Como recuerda Juan en su Evangelio:

“Ahora no entiendes lo que hago, pero lo comprenderás después.” (Juan 13:7).

Cuántas veces le preguntaste por qué.

Por qué las cosas no salieron como esperabas, por qué permitió aquella prueba, por qué no respondió en el tiempo y la forma en que querías.

Quizás pasaste por momentos de cansancio, de lucha, de noches en las que sentiste que Dios guardaba silencio. Y sin embargo, con el tiempo, algo cambió.

Lo que ayer parecía un vacío, hoy es un espacio lleno de gracia.

Lo que ayer fue dolor, hoy es fortaleza.

Lo que ayer era incertidumbre, hoy es confianza.

Así es Dios. Actúa en lo secreto, en lo oculto, en lo que parecía un sinsentido.

Como en la vida de José, vendido como esclavo por sus propios hermanos, olvidado en una prisión, sin entender por qué Dios lo había dejado en aquel lugar... hasta que llegó el momento en que pudo ver Su mano y decir:

“Vosotros pensasteis hacerme daño, pero Dios lo transformó en bien.” (Génesis 50:20).

Dios transforma, reescribe la historia con amor, no desperdicia el sufrimiento.

Y cuando llega el momento de comprender, te das cuenta de que **nunca dejó de escribir Su plan en tu vida.**

Todo tuvo un propósito.

Cada lágrima,

Cada espera,

Cada puerta cerrada,

Cada herida.

Porque Dios nunca deja de guiar a los suyos, aunque a veces su plan solo pueda verse con el tiempo.

Se necesita fe para caminar en la oscuridad, para seguir adelante sin respuestas, para confiar cuando no se ve el final del camino.

Santa Teresa de Jesús nos lo recuerda:

“Nada te turbe, nada te espante, todo se pasa, Dios no se muda. La paciencia todo lo alcanza; quien a Dios tiene, nada le falta: solo Dios basta.”

Y San Juan Pablo II nos invita a confiar:

“No tengáis miedo de confiar en la divina providencia. Aunque los caminos de Dios sean misteriosos, Él siempre sabe lo que es mejor para nosotros.”

Dios nunca dejó de actuar.

No lo entendías en ese momento. Pero ahora, lo ves.

Y en este momento, ya no preguntas por qué.

Sólo das gracias.

2.2.3 ¿Me amas?

Al principio, Dios parecía solo una idea, una creencia heredada, un nombre repetido en la infancia. Pero con el tiempo, algo ha cambiado.

No sabemos exactamente cuándo ocurrió, pero hemos comenzado a sentir Su presencia, a sospechar que nos ha acompañado siempre, aunque no lo viéramos.

Y ahora, en lo profundo de nuestro corazón, surge una pregunta inesperada.

No es una exigencia. No es un reproche.

Es una pregunta que atraviesa el alma, como una brisa suave que lo transforma todo:

“Simón, hijo de Juan, ¿me amas?” (Juan 21:15).

Jesús no nos pregunta si lo entendemos, si lo merecemos, si siempre le hemos sido fieles.

Solo pregunta: **¿Me amas?**

Porque no se trata de lo que hicimos o dejamos de hacer. Se trata de hacia dónde queremos caminar ahora.

Y de repente, esa pregunta deja de ser sólo palabras.

Ya no es una idea lejana ni un simple interrogante.

Es una voz que resuena en el corazón, que nos llama por nuestro nombre.

Nos damos cuenta de que no es una pregunta dirigida al aire, sino a nosotros, aquí y ahora.

Entonces, te miro...

Aquí estás, Señor de Pasión...

Te miro y me pregunto: ¿Todo esto lo hiciste por amor a mí?

No lo merezco, no soy digna de todo lo que tengo.

Siento que me observas.

Que tu boca entreabierta, con el poco aliento que te queda, intenta decir mi nombre... pero yo no te escucho.

¿Cuántas veces lo has hecho?

¿Cuántas veces me has llamado y yo, como sorda, no me he enterado?

Lo siento, Señor. No mereces que te hayan hecho esto por mí.

Me quejo de mis cosas, de mis preocupaciones... y Tú me escuchas.

Me aconsejas, y yo ni siquiera pienso en lo que pasaste Tú.

Incluso me frustró contigo porque no recibo lo que quiero.

Señor, quítame la venda de los ojos.

Ayúdame a verte desde el corazón del humilde pecador.

Tú sufriste, Tú hiciste esto por mí...

Pero ahora yo quiero hacer algo por Ti.

Déjame secarte las lágrimas de dolor, pasar un pañuelo por tu cara, ser tu Cirineo...

Mis pecados no te pertenecen, Señor.

¿Quién soy yo?

¿Quién soy para que hagas todo esto por mí?

Sólo soy una más.

Y aun así, lo haces por mí.

Entonces, al girar la mirada, la encuentro a Ella: **la Virgen de la Merced**.

Ella, en su infinita ternura, llora desconsolada, recordándonos lo que más duele a una madre: que le arrebaten a su Hijo, aquel pequeño Niño, fruto de nueve meses de amor, su Hijo amado.

Ella llora por Tu pérdida y Tu sufrimiento como si fuesen suyos, y, aunque no hay consuelo que calme ese dolor, nunca se separa de Ti.

Siempre está a Tu merced, dispuesta para atenderte en lo que necesites.

Señor, lo mismo quiero hacer contigo.

Aquí estoy.

Porque soy Tu hija y no quiero separarme de Ti.

Por mucho que me equivoque, sé que me perdonas.

Por mucho que caiga, sé que me ayudas a levantarme.

Cuando tenga miedo, quiero correr a Tus pies.

Cuando no pueda más, quiero abrazarte y llorar contigo.

Porque al final, cuando todo se desvanezca, solo quedará una pregunta:

¿Me amas?

Y esta vez, Señor, quiero poder responderte:

Sí, tú lo sabes todo, tú sabes que te amo.

2.3 La Tarea de la Resurrección (Los Hechos de los Apóstoles del S. XXI)

Pero el amor no se queda quieto.

El amor, cuando es verdadero, **no se guarda para uno mismo, sino que se convierte en testimonio.**

Así fue tras tu resurrección.

Los discípulos **vivieron ese encuentro, descubrieron tu amor... y ya no pudieron callarlo.**

Todo cambió.

Los que antes estaban temerosos y escondidos, de repente se lanzan a anunciar la noticia más grande que ha cambiado la historia.

El Evangelio no fue una idea bonita ni un sentimiento pasajero. Fue una explosión de verdad, **una sacudida de vida** que transformó a unos hombres frágiles en testigos dispuestos a darlo todo.

Aquellos pescadores de Galilea, que huyeron en Getsemaní, que dudaron en el camino, **ahora se convertían en columnas de la fe.**

Y su mensaje no era ambiguo ni superficial. No hablaban de **energías positivas**, ni de **autosuperación personal**, ni de **soluciones rápidas a problemas complejos.**

Hablaban de Jesús.

De su vida, de su muerte y de su resurrección.

De la única verdad capaz de saciar el alma del hombre.

Porque en esta vida **te juegas la Vida. La Vida eterna.**

No estamos aquí de paso. **¡Despierta! ¡Nuestra meta es el Cielo!**

Ser cristiano en el siglo XXI: luz en medio del ruido

Muchas veces nos centramos en que la vida es solo una, en que hay que hacerlo todo ya porque **quizás mañana ya no estemos**.

Pero **¿y si mañana no estoy?**

¿Y si he perdido toda mi vida en cosas ajenas?

Dios nos da la oportunidad de ir construyendo nuestro camino hasta el Cielo. No pasa nada si en algún momento nos desviamos, si tropezamos, si incluso hacemos un socavón sin querer.

Dios nos da la oportunidad de pedir perdón y volver a empezar.

“Porque el que quiera salvar su vida, la perderá; pero el que la pierda por mí, la encontrará.” (Mateo 16:25).

El siglo XXI es el siglo de lo inmediato, de lo fugaz, de lo superficial.

Las redes sociales marcan el pulso del mundo. Lo importante dura unos segundos, lo profundo se ignora, **la verdad se negocia**.

La fe compite con los **"fuegos artificiales" de la novedad constante**, con las corrientes espirituales que prometen paz sin compromiso, con un sinfín de ofertas de felicidad rápida:

- **"El universo conspira para que tengas éxito."**
- **"Haz este ritual y atraerás energía positiva."**
- **"Descubre tu horóscopo y tu destino."**
- **"Tú eres tu propio dios."**

Frases llamativas. **Mensajes cómodos**.

Pero **vacíos de verdad**.

Hoy, más que nunca, **ser cristiano significa ir contracorriente**.

En un mundo que **huye del compromiso**, el Evangelio pide entrega.

En una sociedad que **solo quiere lo fácil, Jesús ofrece la cruz.**

En una época donde **se confunde la felicidad con el placer inmediato, Dios llama a una alegría eterna.**

Ser Apóstoles de la Esperanza

En medio de este caos, aunque todo parezca oscuro y vayamos a peor, debemos tener **esperanza**.

El Papa Francisco nos lo recuerda: debemos ser **"peregrinos de la esperanza"**.

Ahora es el momento perfecto.

Aunque parezca que todo está en nuestra contra, **aprendamos a saber llevarlo a nuestro terreno y aprovecharlo.**

Ahora es el momento en el que, en vez de compararnos con lo que otros tienen, aprendamos a reconocer el verdadero tesoro: ser hijos de Dios. Que nuestra mayor alegría sea la certeza de que **somos amados y sostenidos por Dios.**

No estamos solos.

Y no solo debemos llevar esta esperanza a quienes no conocen a Jesús, sino también **cultivarla entre nosotros.**

Debemos **compartir nuestras vivencias, hablar de cómo nos sentimos con Jesús**, porque la fe crece **cuando se comparte**. Como dice el Papa Francisco:

“Cuando el cristiano deja de dar testimonio, deja de ser cristiano.”

¿Cómo evangelizar hoy?

Los apóstoles **no tenían medios digitales**. No tenían estrategias de marketing, ni redes sociales, ni difusión global.

Y sin embargo, **cambiaron el mundo**.

No lo hicieron con discursos superficiales.

Ni con trucos emocionales.

Ni con miedo a desagradar.

Lo hicieron con **una vida transformada**, con la **fuerza del Espíritu Santo**, con **la certeza de que Cristo estaba vivo**.

Tú y yo hemos recibido la misma misión.

En la sociedad digital, en medio del ruido, en un mundo donde la verdad se diluye, **Jesús sigue resucitando** y sigue llamando discípulos.

Ser cristiano hoy no es compartir una publicación bonita en Instagram.

No es sentirse bien en una comunidad.

No es hablar de valores sin hablar de Jesús.

Ser cristiano es ser testigo.

No tengas miedo. No importa cuántas corrientes traten de acallar la verdad.

Jesús ha resucitado.

Y su luz es más fuerte que cualquier oscuridad.

El mundo necesita testigos, no influencers.

Necesita **apóstoles**, no gurús espirituales.

Necesita **cristianos que vivan el Evangelio de verdad**.

¿Estás dispuesto?

3. La Hermandad de Pasión de Sevilla

Señor de Pasión, tú has estado siempre en mi vida.

Desde que era pequeña, mi madre me traía a verte. No hacía falta que me explicara nada, solo bastaba mirarte, sentir el recogimiento de este lugar y el silencio de quienes te contemplaban.

Quizás entonces no entendía del todo lo que significaba tu mirada, tus manos a veces atadas, tu cuerpo entregado... pero ya estabas ahí, plantando una semilla en mi corazón.

Y también ella estaba ahí.

Tu Madre.

La Virgen de la Merced.

Siempre esperando. Siempre acogiendo.

Cristo, en la cruz, nos la dejó como madre. Nos la confió para siempre cuando nos dijo:

“Mujer, ahí tienes a tu hijo. Hijo, ahí tienes a tu madre.” (Juan 19:26-27).

Y ahora lo comprendo: cuando la miro a Ella, estoy en casa.

Porque una madre siempre recibe. Siempre nos da la bienvenida.

No importa si llegamos sucios, cansados, con la ropa desgastada y el alma hecha pedazos. Ella nos acoge, nos limpia, nos restaura.

Y no solo eso. Nos cuida en lo más pequeño.

Una madre no solo lava la ropa sucia... también pregunta qué queremos comer. También se adelanta a lo que necesitamos.

La Virgen está a nuestra Merced.

¿Y Nosotros? ¿Lo estamos para Ella?

Si yo soy su hija, ¿cómo no voy a acompañarla?

Ella está pasando por el dolor más grande. Lo vio a Él entregarse completamente, sufrir lo inimaginable.

¿No quiere acaso que la consolemos?

¿No espera que la escuchemos?

Y la respuesta es sí. Podemos hacerlo.

Porque es nuestra Madre.

Porque la llevamos dentro.

La Hermandad: un pedazo de cielo en la tierra

Señor, gracias por mi Hermandad.

Gracias por siempre haberme puesto a alguien que, mirándome a los ojos y cogiéndome las manos, me decía: "**CONFÍA**".

Gracias por los que me han ayudado a mantenerme cerca de Ti.

Porque aquí no me has puesto simplemente personas, sino angelitos, salvavidas, profesores de vida, personas de paz.

Personas que, pase lo que pase, no se moverán de mi lado.

Personas que, cuando más oscuro lo veía todo, han sido mi luz.

Me han enseñado tantísimo, me han acercado tanto a Ti, que me atrevería a decirte que te he visto en cada una de ellas.

En sus palabras, en sus actos.

Y pienso que muchos de los abrazos que me dan vienen de Ti.

Es como si me los estuvieses dando Tú.

Porque es imposible que Tú no estés detrás de todo esto.

Tú, que me quieres tanto y has dado tu vida por mí...

Es difícil creer que de las cosas más valiosas que tengo, como es la amistad, no seas Tú su origen.

Ellos son un trocito de Ti, de cielo en la tierra.

GRACIAS, SEÑOR.

Abrazar la cruz y caminar juntos

Señor de Pasión, te miro.

Te miro y veo en ti la enseñanza más grande sobre el sufrimiento.

Tu cuerpo inclinado bajo el peso de la cruz...

El cuerpo de quien siente el peso del pecado del mundo, pero sigue en pie.

El de quien soporta el dolor sin perder la serenidad.

El de quien parece tambalearse, pero avanza con firmeza.

El de quien, con el pie apenas apoyado, se sostiene en un equilibrio imposible, porque su fuerza no es humana, sino divina.

No te detienes.

No retrocedes.

No cedes al cansancio.

Aún con la carga sobre los hombros, sigues adelante, porque el amor te impulsa.

Miro la curvatura de tu cuerpo, esa leve inclinación que no es solo por la madera, sino por la carga de todo lo que hemos puesto sobre Ti.

Y entiendo que ahí está la clave para abrazar mi propia cruz.

Para cargar con mi pasión.

Tú no rehuyes el peso.

No intentas esquivarlo.

No te resistes.

Tu serena firmeza, la fortaleza de tu silencio, son la enseñanza que me falta.

Porque mi vida también tiene cargas.

También tiene miedos.

También tiene pasiones que a veces pesan demasiado.

Pero si Tú puedes soportarlo, yo también puedo.

Porque no me dejas sola.

Señor, qué delicado es tu abrazo a la cruz, enséñame a abrazar mi cruz como Tú abrazas la tuya.

Enséñame a caminar con la reciedumbre de quien confía en que Dios todo lo sostiene.

Enséñame a hacer de mi dolor una ofrenda, de mi lucha un testimonio, de mi vida un reflejo de tu Pasión.

Porque al final, cuando todo termine, lo único que valdrá la pena será haber caminado contigo, como Tú y por Ti.

ASÍ SEA.